

www.elboomeran.com

Vicente Valero
LAS TRANSICIONES

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2016
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Vicente Valero, 2016
© de esta edición, Editorial Periférica, 2016
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-33-5
DEPÓSITO LEGAL: cc-190-2016
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Nuestra infancia resiste a todo. Ni siquiera
nuestra muerte podrá cerrarle los ojos.*

Christian Bobin

Cuando por fin llegué a la iglesia de San Esteban, después de haber conseguido aparcar el coche en una de las empinadas y sombrías callejuelas de la Ciudad Vieja –con no pocas aunque, también es verdad, previsibles dificultades–, la ceremonia ya había comenzado y no quedaba en ninguno de los bancos de la nave central un sitio donde pudiera sentarme. Durante toda la mañana de aquel jueves frío y nublado de febrero estuve dudando si asistir o no asistir: unas veces veía claramente que tenía que hacerlo, otras en cambio me paralizaba aquella especie de vértigo a los funerales, tan común como irracional, que acaba provocando mal cuerpo y peor conciencia, cuando no la misma pereza con la que me había levantado aquel día tan descolorido y que apenas me había permitido hacer algo de provecho. Pero a la hora del almuerzo la decisión ya estaba tomada y no

hizo falta que mi madre, con quien había quedado en su casa para compartir el delicioso guiso de rape con gambas que había preparado la tarde anterior, me insistiera en que, *por supuesto*, debía asistir, ella misma me habría acompañado si su reuma y su catarro se lo hubieran permitido, pues Ignacio había sido uno de mis mejores amigos de la infancia, *sin duda alguna*, lo repetió tres o cuatro veces, tal vez incluso el mejor —aunque cómo saber algo así con certeza—, con él había compartido juegos, aulas, libros, misas, excursiones, fiestas de cumpleaños y, sobre todo, *incontables travesuras*, así se expresó también mi madre, entre otras experiencias que aún podíamos recordar muy bien mientras dábamos buena cuenta de aquel plato marinero y de la botella de vino blanco que yo mismo había comprado aquella mañana —nada del otro mundo seguramente—, aunque pasados los años infantiles y los primeros de la adolescencia empezamos a vernos mucho menos por diversas razones y luego ya muy pocas veces y en encuentros siempre casuales. Me hice a la idea, por tanto, nada más entrar en la iglesia, de que tendría que seguir de pie lo que quedaba del funeral por el alma de mi amigo Ignacio, que no parecía que fuera a ser poco, dada la parsimonia del oficiante, el mismo sacerdote que nos había preparado a los dos para

recibir la primera comunión, de aquello hacía ya más de veinte años, en el colegio Pío XII, donde estudiamos juntos en las mismas clases y con los mismos maestros. Don Luis leía en el instante de mi llegada, con su voz imprecisa de siempre, ahora más vieja, aquel socorrido texto del profeta Ezequiel en el que los huesos secos de los muertos vuelven milagrosamente a animarse, recuperando la carne, los tendones, la piel y el espíritu, como prueba inequívoca de la resurrección completa del hombre, de la vida después de tanto polvo. Desde el lugar donde me había situado, en el lado derecho de la nave, más o menos en medio, me puse a observar a toda aquella gente que había acudido al templo para, como suele decirse, despedir al difunto y acompañar a la familia en un trance tan doloroso, y la verdad es que, a primera vista, solamente reconocí a la madre, a las hermanas y, para mi sorpresa, también al abuelo materno, don Alfonso, a quien yo creía ya muerto y enterrado desde hacía tiempo, y cuyos huesos, por tanto, de repente parecían haberse recompuesto también ante mis ojos en aquella tarde fría y gris de febrero. Había sobre todo hombres y mujeres ancianos, como los que sobreviven orgullosamente en aquel barrio antiguo y descascarillado de la ciudad, más mujeres que hombres, como es habitual en las iglesias, y

muy pocas personas de nuestra edad, es decir, de la edad de Ignacio y de la mía, no más de diez o doce, que formaban un grupo un tanto estafalarío por sus ropas y por sus peinados, y en el que sin duda debían de encontrarse, pensé, aquellos que habían sido sus últimos amigos. Una de sus hermanas, Amelia, la más joven, que siempre me había gustado mucho, y a la que no veía desde hacía algunos años, no paraba de llorar, apoyada en el hombro de quien supuse debía de ser su novio o su marido. A pesar de todo, estaba muy hermosa, con su melena rubia de siempre, su cuerpecito ligero y atractivo, enfundado en unos pantalones negros muy ajustados, blusa blanca y jersey también negro y ceñido. Cada vez que el ritual de la misa la obligaba a levantarse, mis ojos la buscaban sin pudor alguno, repasaban su figura entera, aunque de espaldas, deteniéndose en su culo sobre todo, se diría que perfecto, y la veían de nuevo, recordándola, en otros muchos momentos y escenarios ya lejanos, en las playas y en las fiestas de nuestra adolescencia, por ejemplo, por lo que acabé reprochándole aquélla actitud mía en una circunstancia tan triste como aquélla y en un lugar sagrado como aquél. Sus otras dos hermanas, que habían sido siempre bastante feas, continuaban siéndolo y parecían tranquilas y no lloraban. Don Luis

hizo un sermón largo y un poco embarullado en el que ensalzó las virtudes de Ignacio, a quien, según reconoció, apenas había vuelto a ver, sin embargo, desde que éste era un niño, y luego hizo un alegato furibundo y gesticulante, aunque con la misma vieja voz imprecisa, contra las drogas y contra la sociedad que las permite y no se esfuerza por erradicarlas. Que se acordaba de Ignacio cuando era un niño no cabía la menor duda, pues algunas de las cosas que dijo sobre él en su inflamado sermón yo podía verificarlas una a una, es decir, que era simpático, inquieto, hablador, buen compañero, mejor hijo aún, más o menos aplicado en los estudios, sano deportista, generoso, aunque a decir verdad todos éramos de aquella manera en aquel tiempo y en aquel colegio, me parece, de cualquiera de nosotros podría haber dicho lo mismo don Luis, sobre todo en un funeral y delante de una familia destrozada por el dolor. Pero el muerto era Ignacio, no nosotros, a él le había tocado ser el protagonista de aquel discurso desmañado, y allí estaba de cuerpo presente, como también es costumbre decir, dentro de un ataúd de color negro muy brillante, rodeado de lúgubres coronas de flores. Sentí un escalofrío y apoyé mi cuerpo contra una columna de mármol helado. En aquel preciso instante, sin embargo, pensé que había hecho muy bien

en acudir al funeral, me alegré de haber vencido el vértigo y la pereza de la mañana, hallando así, en aquella atmósfera asfixiante de tristeza, un motivo bastante idiota para la autocomplacencia. Lo cierto es que, de una manera o de otra, resulta difícil no pensar en uno mismo cuando se asiste a un funeral o a un entierro, también se piensa mucho en el muerto, sí, o en la familia del muerto, y en definitiva debe de ser en la muerte misma, supongo, en lo que no dejamos de pensar, aunque con pocas ganas, tratando inconscientemente de esquivar el asunto, mientras pasamos frío o calor, y esperamos impacientes a que el sacerdote termine con la misa de una vez por todas. Don Luis habló también del padre de Ignacio, muerto cuando éste no era más que un niño de siete años, y por tanto de la triste orfandad que tuvo que soportar la familia, alabando sobre todo la fortaleza espiritual de la madre. Se refirió a él, dos o tres veces al menos, como *el gran ausente*, lo que me pareció bastante ingenioso dadas las circunstancias, y no desperdió la oportunidad, por supuesto, de concluir afirmando que ambos, el padre y el hijo, iban a reunirse felizmente de nuevo en el cielo, argumento de consuelo clásico en los funerales pero para el que, en verdad, se necesita una fe incombustible y una imaginación desbordante y alegre.